

ALEJO CARPENTIER Y EL MURALISMO MEXICANO

Olga M. Rodríguez Bolufé

Cuando en 1926, a la edad de 21 años, Alejo Carpentier recibió la inesperada invitación del novelista Juan de Dios Bojórquez para viajar a México, iniciaba un camino vital para su reconocimiento de América, tanto fue así que cincuenta años después, Carpentier recordaría ese, su primer viaje de adulto al extranjero, como un acontecimiento capital en su vida.

A punto de concluir el siglo XX e inmersos en conflictos globalizadores que una vez más intentan amenazar la supervivencia de las identidades americanas, resulta imprescindible volver a aquellos textos carpenterianos que podrían situarse entre los más agudos afanes encaminados a establecer indagaciones interculturales para comprender e interrelacionar los rasgos, anhelos y conflictos de Nuestra América.

En la obra ensayística de Alejo Carpentier sobre temas de arte, la obra de los Muralistas, ocupa

un lugar significativo, muy especialmente el reconocimiento a la figura emblemática de Diego Rivera, como alguien que marcó profundamente la vida del cubano y con quien entabló una fuerte amistad que perduraría hasta la muerte del controvertido muralista.

En varias de las entrevistas realizadas a Carpentier, un elemento recurrente al caracterizar el ambiente cultural cubano de los años 20 en que se iniciara su trabajo como periodista en las revistas modernas, es la alusión a la llegada a la isla de toda una estética renovadora proveniente de París que ofrecía soluciones novedosas en cuanto al lenguaje formal, que comienza a verse compulsada por un pensamiento nacionalista que provenía del continente americano y que inmediatamente acaparó la atención de los jóvenes intelectuales y artistas cubanos de aquellos años:

Poco a poco nos dimos cuenta, en un momento doloroso, cuando los de mi generación nos estábamos desprendiendo de todo decadentismo y yendo hacia el abstraccionismo, que un Diego Rivera, un José Clemente Orozco [...] estaban expresando esa tremenda realidad que no habíamos visto, que era América, pero una América nueva, una América en transformación, una América donde ya algunos jóvenes estaban estudiando ciertas obras, ciertos libros, que habrían de transformar su visión del mundo.¹

La significación que Alejo Carpentier le otorga a la llegada a Cuba de la emblemática revista mexicana *El Machete* así como a la revista *Amauta*, del peruano José Carlos Mariátegui se reitera una y otra vez, enfatizando en el éxito inicial de la revista *Mundial*, que publicaban en París Rubén Darío y Gómez Carillo que fue cediendo su popularidad y motivación ante las propuestas revolucionarias llegadas del continente. Fue así que Carpentier se encuentra entre los primeros escritores cubanos que dieron a conocer a los muralistas mexicanos en las revistas modernas de la isla,² y en publicaciones parisinas.

Su admiración por el proyecto cultural mexicano se había concretado con su primer viaje a México en 1926, en esa ocasión conoció a Rivera, Orozco y Alfonso Reyes, maestros que, según sus propias

palabras, le ayudaron a “valorizar los logros más auténticos de la nacionalidad mexicana y latinoamericana [...] a conocer el mundo a través del conocimiento de lo auténticamente americano”.³

Carpentier estaba consciente de estar asistiendo a un encuentro trascendental. México, recién salido de una cruenta guerra, luchaba por reconstruir proyectos sociales donde el desarrollo del arte y la cultura tenían un rol protagónico, y el creador tenía el deber de contribuir con toda la fuerza —que Alejo compara con la de los hombres del Renacimiento— a la realización de aquel proyecto social que lideraba José Vasconcelos.

El escritor cubano recuerda una y otra vez aquella primera visita a México y las sucesivas como el acontecimiento más importante para su formación profesional. Las famosas tamaladas organizadas por Diego, donde se reunían los más célebres escritores, pintores y músicos, las controvertidas tertulias en casa de Luis Cardoza y Aragón, el surgimiento de la Orquesta Sinfónica Nacional de México, la posibilidad de conocer la grande-

¹Entrevistas. Alejo Carpentier, La Habana, Letras Cubanas, 1995, p. 203.

²Alejo Carpentier, “El arte de Clemente Orozco”, *Social*, núm. 10, 10 de octubre de 1926, año 2, vol. XI.

³Entrevistas. Alejo Carpentier, La Habana, Letras Cubanas, 1995, p. 301.

za de la obra de Carlos Chávez, Silvestre Revueltas, de los hallazgos arqueológicos y de la noble empresa editorial que llevaba a cabo la Secretaría de Educación Pública, fueron hechos que marcaron profundamente al intelectual cubano.

En esa convulsa realidad, el cubano vio nacer en aquellos muros arrebatados a la burguesía, la pujanza de una expresión legítimamente nacional que se nutría de los lenguajes de vanguardia europeos para generar algo diferente, que se agigantaba ante sus ojos con una fuerza mayor. Comentaba Carpentier sobre aquella etapa:

Y de ese contacto surgió en mí una tremenda duda: yo acababa de ser iniciado en la pintura no figurativa, en las maneras de pintar de un Picasso, de un Gris, en el cubismo, en una pintura que cada vez más iba hacia lo abstracto, y de repente, he ahí que me encontraba en México con un tipo de pintura profundamente afincada en lo real circundante, en lo contingente, en la circunstancia y en lo vivo, y que estaba plasmando una serie de realidades nuevas de América y de una manera completamente inesperada e imprevista.⁴

Carpentier escribió ensayos muy lúcidos sobre la obra de los muralistas que mantienen una vigencia impresionante para cualquier estudioso del arte latinoamericano.

Su amistad entrañable con Diego Rivera, el profundo conocimiento de la obra de este mexicano de talla mayor, fue plasmado en numerosos ensayos, crónicas y entrevistas. Diego le inspiraba admiración, se trataba de un hombre de casta de gigantes, que trabajaba duramente, con una disciplina increíble, que lograba en cada mural una obra de altísima calidad, que era capaz de percibir la necesidad de renovar sus recursos plásticos, que le enseñó a dignificar las artes populares que adornaban cual regazo su casa en la calle Mixcalco y a escuchar, antes de alcanzar la dignificación de la industria, los célebres mariachis y corridos de porfiristas y zapatistas.

Advertía que había una tendencia a minimizar la obra de Diego como pintor anecdótico, a lo que respondía que esta obra manifestaba un carácter absolutamente nuevo e insólito para la hora en que apareció en el panorama de la pintura americana, y reconocía la repercusión del muralismo en Alemania y Francia. Para ubicar la significación de Diego Rivera, Carpentier indagaba en la pintura que hasta aquellos años se venía desarrollando en América Latina, evidenciando los síntomas de crisis de la pintura académica. Describía el proceso de

⁴*Ibidem*, pp. 361-362.

aprendizaje del cubismo cual disciplina necesaria para el mexicano y como, no obstante su estancia en París, siempre mantuvo un apego a su nacionalidad que lo hizo distinguirse tanto por sus obras, como por su irreverente y desenfadado comportamiento.

De igual modo, Carpentier dedicó textos a valorizar la experiencia de las escuelas al aire libre puestas en práctica en México, y con el paso del tiempo, fue capaz de apreciar los nuevos valores que surgían en el panorama artístico mexicano, como fue el caso de José Luis Cuevas, a quien dedicó un artículo en *El Nacional*, de Caracas, hacia los años 50.

Se trata de un texto sumamente revelador de las reflexiones de Carpentier acerca de la necesidad de renovación de las fórmulas ya anquilosadas del Muralismo, donde caracteriza a Cuevas como descendiente de esa estirpe de artistas alucinados que sin dejar de enfocar su realidad, lo hacen desde una perspectiva íntimamente dramática y personal. En medio de una fuerte polémica desatada entre Cuevas y Siqueiros, Carpentier, sin dejar de reconocer la validez del muralismo en su momento, admira la valentía de Cuevas y reconoce en el joven dibujante un exponente de la mexicanidad

mejor, libre de ataduras grandilocuentes que ya no se adecuaban a los nuevos tiempos.

Mucho le aportó México al pensamiento y el actuar de Alejo Carpentier, ese cubano que fuera homenajeado con un banquete en 1926 como el jefe de redacción más joven de América, mientras el pintor mexicano Miguel Covarrubias le hacía una de sus mejores caricaturas.

Carpentier había quedado atrapado por el dramatismo de la Coatlicue, los enigmáticos diseños de los templos de Mitla, la magnificencia de Teotihuacán, el “barroquismo” de los templos mayas y de los altares de iglesias incendiadas, por los titanes del muralismo y por el proyecto social desplegado durante el período posrevolucionario, por las alucinaciones de José Luis Cuevas y los inolvidables corridos de La Adelita y La Valentina, por la autenticidad y el colorido del arte popular mexicano, y el sabor de los tacos y los chiles, por todos aquellos componentes insólitos que reforzaban una y otra vez sus concepciones de lo real maravilloso como componente esencial de la cultura americana, esa que México le ayudó a reconocer desde una perspectiva latinoamericana en fructífero diálogo con el Caribe.